



MARTÍN Y MARTINA

José María Sánchez

MARTÍN Y MARTINA



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© José María Sánchez

ISBN: 979-13-87909-80-2
ISBN digital: 979-13-87909-81-9
Depósito legal: M-27217-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para François Truffaut, Éric Rohmer y Woody Allen.
Sin sus películas, no sé si esta novela existiría.*

Índice

Capítulo 1: La reina del pop y el señor Hamaguchi.....	11
Capítulo 2: Breve (o no tan breve) encuentro	49
Capítulo 3: ¡Astronomía, cuándo serás mía!.....	77
Capítulo 4: Tour de S' Illot.....	97
Capítulo 5: <i>Sit down</i> , Manolito	123
Capítulo 6: La rodilla de Martina.....	141
Capítulo 7: Días de mucho, víspera de na	159
Capítulo 8: La noche de las lenguas vivientes.....	183
Capítulo 9: Golpes de Estado, risas y epifanías.....	203
Capítulo 10: 60 kilómetros.....	221
Capítulo 11: De aquí a la eternidad	239
Capítulo 12: Comedia sexual de una mañana de verano....	249
Capítulo 13: Rigoberto contra Rigoberto	267
Capítulo 14: Fresas salvajes	283
Capítulo 15: El día después	299
Capítulo 16: Terapia de familia en la habitación 56	317
Capítulo 17: Tú a Oslo y yo a Estocolmo	337
Epílogo: <i>Love Letters</i>	353

Capítulo 1:

La reina del pop y el señor Hamaguchi

Lunes, 8 de agosto de 2022

El ochenta por ciento del éxito consiste en estar allí.

Woody Allen

La casa empezó a retumbar. Martina llevaba unos minutos despierta, acomodada en la cama, sin hacer nada. Miró el reloj de pared que aún conservaba en su habitación para cerciorarse de que no era demasiado pronto. No, eran las ocho y veinte.

Se palpó la ropa interior. Había sudado mucho, estaba pegajosa. Se levantó, abrió la ventana y se dirigió de inmediato al baño. Allí se duchó y se puso un vestido y ropa interior limpia. Acto seguido, se dirigió a la cocina, donde su madre susurraba la misma canción que la había impulsado a abandonar la cama.

—Hola, hija..., no te habré despertado, ¿no? —Martina negó en silencio—. Es que tenía muchas ganas de escuchar algo de música...

Sin hacer mucho caso a las últimas palabras de su madre, Martina abrió uno de los estantes de la cocina, donde se guardaba el pan de molde. A continuación, enchufó la tostadora mientras se decidía entre un sabor u otro. ¿Nutella? ¿Aceite? ¿Mantequilla?

Si la quería de mantequilla, tenía que sacarla ya del frigorífico. Este tipo de decisiones, tan absurdas como rutinarias, a veces sacaban a Martina de sus casillas. ¿Cuántas decisiones tomaba el ser humano en un solo día? ¿Cuántas de esas decisiones eran importantes?

Finalmente, dejó atrás su complejo de culpa y se decidió por la opción que más le apetecía. Untó la tostada con una dosis generosa de Nutella mientras, de reojo, observaba a su madre.

—Estoy preparando algo de comer. En unos minutos me voy a la playa, tú vente cuando quieras.

—Mamá...

—¿Sí?

—Hoy te has levantado nostálgica, ¿no? ¿Por qué?

Cristina observó a su hija frunciendo el ceño. Después de amagar una sonrisa, miró de nuevo a los ojos de su hija, esos ojos que tanto se parecían a los de él, a los de su padre.

—Hace medio año que pusiste La Oreja de Van Gogh... Al poco de comenzar la guerra en Ucrania. La pusiste un día, y desde entonces, nada.

De un momento a otro, parecía que Cristina y Martina se habían intercambiado los roles de madre e hija. Martina miraba a su madre con una pizca de commiseración, intentando entender el motivo por el que su madre había puesto semejante canción aquella mañana. Cristina, por otro lado, contemplaba a su hija con un sentimiento de vergüenza ajena, como si la hubieran pillado haciendo algo que no debía.

—Puede que tengas razón, hija... —Cristina sonrió mientras buscaba la manera de dar una respuesta a Martina—. Creo que no es nostalgia, es más bien todo lo contrario. Hoy, cuando me he despertado, he visto que tenía un par de mensajes de Elena... Te acuerdas de ella, ¿no?

—Sí, claro, la que nos encontramos en los primeros meses de la pandemia, cuando se acabó el confinamiento.

—La misma. El caso es que me ha dicho que el próximo lunes

nos podríamos ver, y ya me ha entrado el subidón. Ya ves, acaba de comenzar la semana y ya quiero que termine.

El rostro sonriente de Cristina se mimetizó al instante en el de Martina, que, sin olvidar lo último que le había dicho su madre, intentó desentrañar el verdadero motivo de por qué su madre había puesto aquella canción.

—Entonces, se podría decir que has puesto *Pop* porque te recordaba a tu pasado, pero a tu pasado en un buen sentido.

—Sí... No era nostalgia, era alegría por revivir algo que ya creía que no iba a volver a disfrutar. Quién me iba a decir que me iba a encontrar otra vez con ella, después de tantos años...

Tras la aclaración de su madre, Martina se apresuró a limpiarse la cara. No sabía cómo lo hacía, pero siempre acababa pringada de Nutella. Durante los minutos siguientes, Martina bebía poco a poco su vaso de zumo de naranja mientras Cristina daba el último toque al almuerzo de aquel día.

Martina quería estar en la cocina con su madre, pero también le apetecía irse de allí cuanto antes. Quería leer, pero también quería hablar con su madre. De este modo, su mente daba vueltas y vueltas mientras saboreaba el zumo como un autómata, cada vez con sorbos más pequeños.

«Es verdad, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Mamá tiene esta manía desde hace meses... Qué digo desde hace meses. Años. Muchos años. Esto me lo tiene que aclarar», pensaba Martina mientras dejaba el vaso en el fregadero.

—Mamá...

—Hmmm...

—¿Nunca has pensado en lo que has hecho esta mañana?

Cristina observaba a su hija con la misma atención con la que la observaba ella.

—¿Qué quieras decir, Martina?

Martina intentó esconder una sonrisa. Su madre se dio cuenta de ello y también sonrió.

—Hace tiempo, puede que desde el año 2006, que me despistas cada mañana con música.

Cristina mantuvo la sonrisa, en silencio. ¿Qué se le había ocurrido ahora a esta niña?

—Un día, y otro, y otro... Venga música. Y entre esa música, de vez en cuando, te da por poner a quien has puesto hoy. A veces pones canciones más alegres, como hoy, porque te sientes bien. Pones *Pop*, o *Geografía*. Otras veces te pasa todo lo contrario, no estás en tu mejor día, y pones *La Playa*, *París* o *Rosas*. Es decir, estas canciones las pones muy de vez en cuando, pero pasan los años...

—Crees veinte, treinta centímetros, medio metro...

—Me viene la regla, me salen tetas —dijo Martina, entre risas—, y las sigues poniendo. ¿Por qué sigues escuchando a este grupo?

Cristina mantuvo la sonrisa, sin saber muy bien qué decir. Movió sus manos en señal de resignación, para luego mirar hacia la ventana de la cocina, donde se veía a grandes rasgos la playa de S'Illet. Como si en aquella playa se encontrase la respuesta que buscaba su hija, su madre siguió mirando en la misma dirección, quizás con el único propósito de desviar la mirada de Martina.

—No te creas que no he pensado alguna vez en eso... —Cristina volvió la mirada a Martina, que la observaba con el mismo grado de atención de antes—. He pasado la barrera de los treinta, y por mucho tiempo que pase y por mucho que lo intente, a veces..., a veces tengo que escuchar estas canciones, *necesito* escucharlas. No sé cómo explicártelo, pero es como si...

—El tiempo, ¿no? El paso del tiempo, ya me entiendes...

—Sí, quizás estas canciones son una forma de recordarme que estoy aquí y ahora. Que la vida sigue, que has pasado por momentos preciosos, que has conocido a gente increíble... Y que, al mismo tiempo, esos momentos, esa gente puede volver a ti de diferentes maneras, y en el momento más insospechado.

Martina sonrió, satisfecha, tras la explicación de su madre.

—Uf, qué rollo te he soltado, por Dios. Hija, estamos en agosto, estamos en Mallorca, vamos a relajarnos.

Cristina sonrió. Luego puso el brazo alrededor del cuello de Martina mientras madre e hija salían de la cocina.

—¿Te vienes ya a la playa, reina del pop? Te puedo esperar un poco, aún es temprano.

—Precisamente por eso, creo que voy a quedarme un poco más en casa. Ayer me terminé *El corazón helado*, y quiero comenzar otro libro. Vete cuando quieras, yo iré luego.

—Vale, yo te esperaré donde siempre, enfrente del chiringuito. Si vienen Irene o Neus, te llamo.

Martina asintió ante las últimas palabras de su madre y luego se adentró en el pasillo que daba acceso a los dormitorios. Medio minuto después, su madre ya se había ido a la playa; mientras, ella hacía en silencio la cama, postergando ese momento que tanto le gustaba, y que tanto se repetía a lo largo del año. Había llegado el momento de elegir una nueva lectura.

Martina no sabía estar unos días sin leer un libro. Siempre le pasaba lo mismo. Aún no se había acabado el libro que estaba leyendo y ya estaba pensando en el siguiente que se podía leer. En aquel momento no tenía muy claro cuál sería su siguiente lectura. Dudaba entre una novela o un ensayo. Lo único que sabía es que quería leer algo alegre y ligero. En otras palabras, Martina no quería esas novelas que tanto le gustaban a su madre, repletas de traumas, inseguridades y desgracias.

Después de hacer la cama, lavarse los dientes y ordenar lo poco que tenía que ordenar en su dormitorio, Martina se encaminó hacia el salón. Era increíble, pero una cosa tan simple como elegir un libro la ponía nerviosa. Nerviosa en el buen sentido, de pura excitación ante el placer que estaba a punto de descubrir.

A pesar de la ansiedad que sentía por hacerse con un libro, Martina se impuso a sí misma la tarea de inspeccionar la biblioteca de casa con un mínimo nivel de paciencia. La oferta literaria que le regalaba su madre era impagable. Había de todo, había tantos libros en su casa que se podía decir, sin mucho miedo a equivocarse, que, efectivamente, *había de todo*. Por lo menos de aquello que más le gustaba a Martina. Novelas para aburrir, con todo tipo de autores y géneros, así como cuantiosos ensayos políticos y sociales de los siglos XX y XXI.

A medida que iba repasando la inmensa colección literaria de su madre, Martina se iba dando cuenta de que le apetecía descubrir a un autor nuevo. Quería leer a alguien que no hubiera leído nunca. Varios nombres grandes la llamaban, autores que su madre le había recomendado muchas veces, y entre ellos, estaba un tal Honoré de Balzac. «Martina, ¿te has tomado el último sobre de Balzac?». Balzac parecía el nombre de un medicamento.

Atraída por aquel nombre tan sonoro como gracioso, Martina cogió un libro del autor para echarle un vistazo. Después de leer la sinopsis y observar la portada del libro, Martina se encaminó con él al lugar que, en pleno verano, más le gustaba de su casa: el balcón. A pesar de que solo eran las nueve y cuarto de la mañana, ya hacía un calor insoportable. Por suerte, al sumergirse en la lectura, Martina olvidó el calor, el cambio climático, a su madre y a su tía. Solo estaba ella y Balzac, el mejor antitusivo del mercado.

—Papá, ¿por qué cada vez que pasamos por aquí siento que me están inspeccionando el alma?

—Martín, el alma no existe. Además, te aseguro que eso no es algo que te pase solo a ti...

—Es verdad, Hache, tu padre tiene razón. Aunque a muchos les dé apuro reconocerlo, a la mayoría de los que están en esta cola les pasa lo mismo que a nosotros.

Martín, que estaba a punto de pasar por el control de seguridad, se giró un momento hacia atrás, con el propósito de averiguar hasta qué punto su madre tenía razón. Le bastó una rápida ojeada para darse cuenta de que su madre estaba en lo cierto. Martín vio caras inseguras, inquietas, pero por encima de todo, lo que desprendían esos rostros era un halo de culpa y resignación. Esa gente no iba a coger un avión, iba a la cámara de gas.

Llegó el turno de Martín. Con esa mezcla tan extraña de temor y seguridad en sí mismo, Martín pasó el control de seguridad sin

que se escuchara ningún pitido. Aliviado por haber pasado aquel sencillo trámite, Martín pensó en girarse hacia atrás y gritar a pleno pulmón: «¡¡Siuuuuu!!!!». No lo hizo, pero sin duda habría merecido la pena. Las caras de los vigilantes, de sus padres o de los turistas en general habrían sido antológicas. Mientras Martín recogía sus pertenencias en la cinta de equipajes una sonrisa asomaba a su rostro al imaginar semejante escena.

—¿Y esa cara? ¿Xabi te ha mandado algún mensaje?

Era su madre, lo que significaba que no había necesidad de esconder nada.

—Qué va, mierdas mías... Cuando he pasado el control, se me ha ocurrido una chorrada, nada más.

La confesión de Martín hizo que la curiosidad de su madre fuera a más.

—Alberto, a tu hijo se le ha ocurrido una chorrada, una chorrada intuyo que graciosa, y no quiere contarla.

—No he dicho eso, no he dicho que no quiera contarla. Solo he dicho que es una chorrada, y que por eso no merece la pena contarla.

La primera respuesta del padre de Martín fue mirar el reloj.

—¿Qué hora es, Alberto?

—Las nueve y media. Creo que no merece la pena que nos paremos en ningún lado, vamos a la puerta de embarque... Perdón, ¿qué decíais?

—Te decía que tu hijo no quiere contarnos un chiste, cuando él nos lo cuenta todo.

Martín observó a sus padres en silencio. En el fondo, su madre tenía razón. Intentó desviar la atención adelantándose unos pasos, y así echar un vistazo a las pantallas que informaban sobre las llegadas y salidas del aeropuerto. Enseguida localizó el vuelo que le interesaba. Vueling. Palma de Mallorca. 10:30. T2.

—Vamos, Hache, no nos defraudes, cuéntanos el motivo de esa sonrisa tan bonita que me has mostrado antes.

—Tu madre tiene razón, Martín. No te cuesta nada.

Acostumbrado a escucharlos hablar de cualquier cosa, Martín se sorprendió del sigilo con el que habían aparecido sus padres. Sentía el aliento de ambos en su nuca, pero prefirió mirar aquel enjambre de vuelos ininterrumpidos que se vislumbraba en las pantallas.

Tras dejar pasar unos segundos, Martín se giró. Su madre lo contemplaba con una sonrisa sarcástica. Por el contrario, su padre lo observaba con una pizca de expectación mientras se ajustaba las gafas. Decidió contar todo del tirón, sin pausas dramáticas, sin darle al chiste la ocasión de lucirse lo más mínimo. ¿No era una chorrada lo que había pensado? Pues lo contaría como tal, sin adornos ni florituras.

Sus padres reaccionaron como él esperaba. Su madre mantuvo su sonrisa inmutable tras el fin del chiste, solo que su sonrisa ya no mostraba atisbos de sarcasmo. Era una sonrisa pura, de agradecimiento y amor por su hijo. Mientras tanto, su padre rio de buena gana, como si hubiera escuchado la ocurrencia más original y disparatada de la historia.

Una vez que el enigma del chiste se dio por zanjado, y que Martín y sus padres habían comprobado la puerta de embarque que los llevaría rumbo a Mallorca, los tres se encaminaron con decisión hacia sus propias vacaciones de verano, hacia ese ente sobrevalorado, hacia esa máquina destructora de matrimonios.

Después de caminar unos minutos, Martín y sus padres llegaron a su destino. Al sentarse en una de las pocas butacas que quedaban vacías, Martín echó una ojeada a su alrededor. El aeropuerto estaba a rebosar. Familias, jóvenes, ancianos, niños...; una auténtica fauna humana se deslizaba ante sus ojos. Unos pocos sentados, otros muchos caminando de un lado a otro.

—¿Martín...?

Sin acostumbrarse del todo a que esa voz, la de su padre, se asemejase cada vez más a la suya, Martín se giró en dirección a Alberto.

—¿Qué pasa, papá?

—Tu madre y yo estuvimos hablando ayer del viaje a San Sebastián. El festival es del 16 al 24, ya está confirmado. Si quieres acompañar a tu madre, no hay ningún problema. Eso sí, luego no te quejes si se te hace largo.

—No creo que se le haga largo...

—Ya lo sé, Bea, pero nunca se sabe.

Tras observar a sus padres sin interrumpirlos, Martín intervino.

—Creo que mamá tiene razón. Una semana pasa muy rápido, y más cuando estás en un ambiente que te gusta.

—Además, Alberto, San Sebastián no es solo el festival de cine. Puede dar una vuelta por la playa de la Concha, visitar el Monte Urgull... Allí no te aburres, es una pasada.

Con el ceño fruncido, Alberto miró a su mujer y su hijo. No obstante, dio el visto bueno al viaje, no sin antes recordar a Martín la importancia de entrar a trabajar con su tío al regresar a Madrid.

—Que sí, papá, no te preocupes... Para desgracia del tío Fer, dentro de poco habrá un parado menos en España.

Bea rio ante la ocurrencia de su hijo, al mismo tiempo que Alberto, sonriente, miraba pensativo a Martín.

—Creo que mi hermano ya ha aprendido la lección, o eso quiero creer... La pandemia afectó mucho al restaurante, y eso influyó en su voto.

—Puede ser, yo en los últimos meses lo he visto más tranquilo, la verdad. De todas maneras, habrá que estar vigilantes... Tu hijo hará de espía, y nos contará todo lo que pasa por el cerebrito de tu hermano, ¿verdad, Martín?

Martín asintió, devolviendo la sonrisa a su madre. Luego cogió el móvil y echó un vistazo a Twitter. Después de leer los primeros tweets, Martín llegó a pensar que no estaba en Twitter, sino en una versión hispanoamericana de la propia red social. Las elecciones en Colombia, los mineros atrapados en México... Entre todas las noticias, la más comentada era una supuesta polémica que inmiscuía al rey Felipe VI con el nuevo presidente de Colombia y una espada. La espada de Simón Bolívar.

Sin tener ni idea de lo que estaba leyendo, Martín buscó respuestas en su madre. Martín le explicó a grandes rasgos lo que había leído, hasta que le pasó el móvil a Bea. No llevaba ni medio minuto leyendo la noticia cuando su madre le devolvió el móvil con una sonrisa relajada y un tanto irónica.

—Eso no es más que una serpiente de verano, Martín.

—¿Una qué?

—Las serpientes de verano son esas noticias irrelevantes que salen cada verano. Noticias llamativas, pero que apenas tienen un fondo informativo.

—¿Pero eso... eso no sucede todo el año? Quiero decir, este tipo de noticias se ven durante todo el año, no solo en verano...

—Pues sí, tienes razón, hijo. Por desgracia, hace tiempo que la expresión «serpiente de verano» ha quedado anticuada.

Decepcionado por la escasez de noticias interesantes, Martín se fue directo a WhatsApp. Tenía con hablar con *Sin ánimo de lucro*, ellos a buen seguro le darían una conversación entretenida. Después de saludar y preguntar a Xabi y Carlos si ya habían terminado su sesión matutina de masturbación, Martín esperó a que contestaran.

No había pasado ni un minuto cuando Xabi contestó:

—Imposible. Esta mañana me la he pillado libre, estamos en agosto y creo que ya he superado el límite de erecciones por año. Me acabas de despertar, aunque no te lo creas.

Martín sonrió y respondió a Xabi con varios emojis de risa, a lo que Xabi respondió al instante con otro emoji de sonrisa traviesa.

Poco después, Carlos se sumó a la conversación, lo que hizo que la conversación tomara caminos más lógicos y transitables, dando lugar así a que Martín les recordara el lugar en el que se encontraba en aquel instante.

—¿Ya te vas para Mallorca? Joder, qué suerte, tío, allí por lo menos no te morirás de calor.

Dijo Carlos, que acompañó su frase de varios emojis que mostraban una cara acalorada.

—No solo se va del desierto madrileño, Carlos, se va de un desierto para ir a un puto paraíso..., un paraíso repleto de tías. Vas a ver a tantas, Martín, que eres capaz de enamorarte de alguna de ella.

Afirmó Xabi, con ese tono sarcástico que tan bien conocían Martín y Carlos.

Después de hablar un poco más con sus amigos, Martín se vio obligado a despedirse de ellos. Sus padres ya estaban en la cola, listos para embarcar. De hecho, no habían pasado ni cinco minutos cuando Martín y sus progenitores ya se habían separado de la cola y se encontraban en la pasarela, a tan solo unos metros del avión. Una vez que entró en el avión, Martín se acomodó enseguida en su asiento. Le había tocado pasillo, al igual que su madre, que estaba a su lado. Su padre también estaba en la misma fila que ellos, justo al lado de su madre.

Apenas había tenido tiempo para hacer una foto en el avión y enviársela a su hermana y sus amigos cuando un grito de sorpresa de su madre lo sobresaltó.

—Jaume! ¿Qué haces aquí?

—Bea! Pero bueno...

Martín observó al tipo que se había sentado por delante de su madre. Se trataba de Jaume Ripoll, el director y fundador de Filmin. Entre sus manos tenía un libro de Rafael Chirbes. Filmin, Filmin... Filmin en su casa era sagrado, lo que hacía de su hogar un lugar bonito, agradable y próspero. Filmin era la hostia, y así lo demostraba su madre, que, mientras hablaba con el tal Jaume, lo miraba igual que una quinceañera.

—De vacaciones en tu tierra, ¿no?

—Sí. Hace unos días estuve en Palma para estar presente en el Atlántida, pero ahora no pienso quedarme ahí. Me iré a cualquier sitio de la isla, menos a Palma. ¿Y vosotros, también de vacaciones?

Bea asintió, sonriente. Mientras tanto, Martín observaba con atención a su madre y al creador de Filmin. Una pregunta quemaba sus labios. Tenía que soltarla ya, en cualquier momento le entraría el sueño y entonces ya no habría vuelta atrás.

—Perdona... Jaume, ¿no?

El aludido se giró hacia su derecha. Bea hizo lo mismo, observando a su hijo con una mezcla de curiosidad y extrañeza.

—Es tu hijo, ¿no? —preguntó Jaume, mirando de nuevo a Bea.

Bea asintió, para luego dirigir una mirada fugaz, tan amable como intimidatoria a su hijo.

—El festival que has nombrado antes, el Atlántida... ¿es el mismo al que viene la reina?

El fundador de Filmin observó a Martín con una sonrisa divertida. Luego hizo lo mismo con Bea, que se encogió de hombros, divertida, sin saber por dónde quería ir su hijo. Martín captó al instante la mirada perpleja que se intercambiaban sus dos interlocutores, de modo que se apresuró a seguir.

—No te preocupes, no voy a preguntarte sobre la monarquía. En nuestra casa, la única monarquía que nos preocupa es *The Crown*.

Su madre y Jaume rieron. No sabía por qué había dicho esa chorrada. Por un instante, Martín se fijó en la mirada de su padre. Qué bien conocía esa mirada, le estaba diciendo: «Hache, afloja el ritmo, cáñtrate, no te vayas por las ramas».

—Eso está muy mal...

El creador de Filmin iba a llamar a Martín por su nombre, pero se dio cuenta de que no lo sabía. Bea se acercó a él, susurrándole «Martín» a su oído.

—¿Así que prefieres Netflix a Filmin, eh, Martín?

—No, eso no... Lo que te quería preguntar es si la reina es tan cachas como se ve en las fotos.

Su madre y el fundador de Filmin volvieron a reír. Mientras tanto, Martín los observaba con suma seriedad, deseoso por saber la respuesta cuanto antes.

—Martín, tengo que reconocer que me he reído, porque en el fondo tienes bastante razón. Es cierto que no tiene un músculo muy desarrollado, pero sus brazos son fuertes. De hecho —prosiguió Jaume mientras miraba a madre e hijo con un poso de timidez

en su rostro—, de lo primero que pensé al verla fue lo que tú me has comentado. Yo también tenía curiosidad.

Satisfecho por su respuesta y por haber conocido *in situ* al creador de uno de los grandes inventos de la historia de España, Martín decidió dejar en paz al pobre Jaume, que ya tenía suficiente con la verborrea de su madre. Es más, tampoco estaba para muchas conversaciones. Sin que él lo pudiese controlar, sus ojos luchaban continuamente por cerrarse. Martín sabía que se dormiría enseñada.

Escuchaba las instrucciones de las azafatas, pero se daba cuenta de que no estaba prestando atención. Ni él ni nadie. Miró a su izquierda. Su padre leía, su madre seguía hablando con Jaume. Miró a su derecha. Sus dos compañeros de viaje estaban con el móvil. ¿Por qué se molestaban tanto las azafatas en transmitir toda esa información? Desde luego, parecía que la gente, en caso de accidente, prefería morir rápido a sobrevivir pasando las de Caín. ¿Las de Caín? ¿Desde cuándo hablaba como su abuelo? Ay, qué sueño...

Alertada por gritos infantiles y maternales provenientes de la calle, Martina levantó la vista del libro. Un grupo de madres y niños bajaban calle abajo, hacia la playa. La visión de aquel grupo tan animado como numeroso empujó a Martina hacia el salón. Vaya, ya eran más de las diez y media. Probablemente sus amigas ya estarían en la playa. Tras dejar la novela en el salón, se dirigió a su dormitorio. Se puso el bikini y el bañador, se arregló el pelo, que se había alborotado por el viento tras su larga estancia en el balcón, y se fue directa a la playa.

Apenas había caminado un poco cuando ya vio a lo lejos la sombrilla de su madre, instalada cerca de la orilla. No había llegado aún a su destino cuando Martina también pudo distinguir a su madre en el mar. Al parecer, estaba hablando con un par de conocidas del pueblo. Cristina la saludó desde lejos, y ella le respondió

al instante, mientras se acomodaba bajo la sombrilla de su madre.

Después de estar unos minutos tumbada, sin hacer nada, Martina se incorporó de nuevo. Miró hacia su izquierda, sin ver nada llamativo. Luego hizo lo mismo, girando su rostro esta vez hacia la derecha. Observó durante un tiempo la emblemática plataforma del Mollet, donde un grupo de niños se tiraban al agua probando toda clase de saltos. Luego echó la vista atrás, y comprobó que Irene y Neus bajaban por la misma calle que ella había descendido antes.

Una vez que entraron ambas en la playa, Martina les hizo una seña con la mano mientras se odiaba a sí misma por no saber silbar de la manera adecuada. Sabía silbar, pero no tenía la fuerza suficiente para hacerse notar a varios metros de distancia. Lo había intentado muchas veces, pero era incapaz. Aunque sus amigas no vieron sus gestos al instante, una vez que ambas se acercaron más a ella, la mano de Martina se hizo por fin visible para Irene y Neus.

Tras saludarse y dejar todas sus pertenencias bajo el abrigo de la sombrilla de Cristina, Martina y sus amigas decidieron dar un paseo por la orilla. Como de costumbre, Irene llevaba la voz cantante en la conversación. Con ella comenzaban gran parte de las charlas, y aquel día no fue una excepción. De igual modo, tampoco fue una excepción el tema con el cual Irene inició la conversación.

—Yo sé que le ponía bastante, pero el idiota venga desviar la mirada. Caminaba a mi lado igual que un viejo de noventa años, con las dos manos por detrás de la espalda. No sé, era *too much*. Tampoco me cogía de la mano, aunque a mí eso me parece bastante cursi, ni ponía...

—Pero, Irene, ¿acabasteis en la cama, o no?

—No sé para qué lo preguntas, Martina, si ya sabes la respuesta.

Irene, que seguía caminando con la vista hacia al frente, sin contemplar a sus amigas, sonrió al escuchar las últimas palabras de Neus.

—Vamos, que sí... ¿Y qué tal, fue tan soso en la cama como en la calle?

Sin previo aviso, Irene reaccionó con una larga y sonora carcajada a la pregunta de Martina. Neus y Martina se miraron de hito en hito, aún más descolocadas que antes.

—¿Y eso qué quiere decir, Irene?

Irene, que ya había reanudado el paso al igual que sus amigas, miró a sus acompañantes, sonriente. Luego se encogió de hombros, con una mezcla de humor y resignación, y respondió a Neus.

—Porque os lo cuento yo, que si no, no os lo creéis... Mientras nos quitábamos la ropa, él estaba más paradito que nunca. De hecho, llegué a pensar que se iba a rajar.

—Pero...

—Pero todo cambió cuando me vio desnuda. Pasó de un par de centímetros a veinte en cuestión de segundos, sin que yo hiciera nada especial. Y claro, a partir de ahí, una vez que la pistola se cargó de balas, el resto del cuerpo hizo lo mismo. Empezó a besarme, a lamerme como un desesperado. Parecía otra persona, y yo no sabía si reírme o asustarme.

Martina y Neus, que hasta ese momento habían escuchado a su amiga en silencio, empezaron a reír. Irene las miró de reojo, gozosa de la atención que le prestaban sus amigas.

—¿Sabéis cuánto tardó en correrse? Venga, Martina, hoy te toca acertar a ti...

Neus y Martina se miraron, calculando hacia sus adentros, mientras se sentaban junto a su amiga.

—Dos minutos...

—Uf, qué va... Menos.

—Un minuto.

—Tampoco.

—¿Cincuenta segundos?

—Respuesta incorrecta.

—¿Cuarenta? ¿Treinta?

—Por fin os acercáis...

—¿Veinticinco?

Irene se giró hacia su derecha, mitad sonriente, mitad sorprendida.

—Acertaste, Martina.

—¿Estás segura, Irene? ¿No estarás exagerando?

—Estoy muy segura. Un poco más y bate el récord —aseguró Irene, quien, tras su confesión, se tumbó despreocupada sobre la arena.

Tras las últimas palabras de Irene, Neus miró a Martina con un leve gesto de escepticismo. Martina respondió a la mirada de su amiga de una forma similar, añadiendo una sonrisa a su rostro.

No sabía cómo explicarlo, pero Martina percibía que gran parte, por no decir todo lo que les contaba Irene sobre sus aventuras, se correspondía por completo con la realidad. Al fin y al cabo, Irene tampoco necesitaba mentir. El cuerpo de su amiga, tan desarrollado y espectacular, y a la vez tan lejos de sus medidas o de las de Neus, podía generar historias tan ocurrientes como la que acababa de escuchar.

—¿Y pasó algo más, tras los veinticinco segundos?

—No... De un momento a otro, el chico volvió a ser el mismo de antes. Se vistió con algo de apuro, me dijo cuatro cosas con la cabeza baja, y se fue.

—¿Así, sin más?

—Sí, así, sin más... Ya iréis conociendo a los hombres, chicas.

Tras escuchar las últimas palabras de Irene, Neus se tumbó, apoyando todo su cuerpo en la arena. Martina hizo lo mismo, aunque de vez en cuando se incorporaba para echar una ojeada al mar. Como venía sucediendo desde finales de junio, la playa estaba en un estado inmejorable. El agua estaba limpia, transparente, de azul verdoso intachable. De igual modo, en la arena había bastante gente, aunque no tanta como antes de que llegara la pandemia. El ajetreo en la playa era visible, aunque no tan notable como en años anteriores, y eso a Martina le gustaba.

—Ayer ya estaban dando la lata otra vez.

—¿Quién?

—En WhatsApp, nuestro grupo de WhatsApp.

Martina miró a Irene con la misma confusión de antes.

—El grupo de clase, tía, *Generación del 2006*. Entre otras cosas, sugirieron hacer la comida el día de tu cumple. Ellos creen que nunca lo hemos hecho, y podíamos hacer una doble celebración ese día.

Martina, algo sorprendida por las palabras de su amiga, observó un momento el mar sereno y acogedor que tenía ante sus ojos. Tras disfrutar de aquella panorámica, se volvió hacia su amiga mientras encogía los hombros.

—Puede que tengan razón... Hemos hecho un par de comidas en septiembre, pero siempre las hemos hecho más tarde, al comenzar el curso. Por mí bien, me parece una buena idea.

La afirmación de Martina vino seguida de un rápido movimiento de Neus, que ya se había puesto en pie. Martina e Irene hicieron lo mismo, dando pie así a que las tres amigas reanudaran su paseo por la orilla.

—A todo esto, Martina... ¿Cuándo te podremos meter en el grupo, cuándo tendrás un móvil?

—Os lo he dicho un millón de veces. Cuando cumpla los dieciséis.

—Entonces, el mismo día de la comida, te metemos en el grupo. Entrar en ese grupo en tu primer día con un móvil..., uf, va a ser una prueba de fuego.

Neus, entre risas, secundó las palabras de Irene, insistiendo en lo pesados (y graciosos, todo hay que decirlo) que podían ser Andrea, Lucas o Joana. Martina se contagió del buen humor de sus amigas mientras se imaginaba a ella leyendo, día sí, día no, los mensajes de sus excompañeros de clase. Los mismos con los que había compartido una década de aventuras y risas durante sus primeros años de vida.

Al llegar a la sombrilla de su madre, Martina comprobó cómo Irene y Neus saludaban a su progenitora con la misma naturalidad de siempre, como si se tratara de una amiga más. De igual modo,

su madre les devolvió el saludo con gusto, para luego apremiarlas a que disfrutaran del primer baño del día.

Martina y sus amigas obedecieron al instante a Cristina mientras esta última le hacía una seña a su hija para indicarle que ella volvería a casa. Martina asintió mientras su mente planificadora dudaba si decirle algo a su madre respecto a la hora en que pensaba volver. Al final, Martina se abstuvo de decirle nada más a su madre, más que nada porque Irene la pilló desprevenida, sumergiéndola bajo el agua.

A Martín lo pilló por sorpresa el aeropuerto de Palma. No era para menos. Venía de Adolfo Suárez Madrid-Barajas, un aeropuerto inmenso, con pasillos alargadísimos, colas interminables...; todo eso y mucho más era la tónica habitual del aeropuerto que había en su ciudad natal. Sin embargo, lo que Martín no esperaba era el hecho de dejar atrás un aeropuerto gigante por otro casi igual de grande. Al aterrizar en Palma (sol radiante, cielo despejado..., en fin, ninguna sorpresa), Martín vislumbró desde el avión las dimensiones del aeropuerto de Son Sant Joan. Era grande, bastante grande.

Una vez que se vio dentro de él junto con sus padres, Martín empezó a entender el porqué de semejantes dimensiones. Tan solo había dado unos pasos cuando a un lado y a otro podía percibir todo un remolino de idiomas distintos. Sin ser ningún as en los idiomas, Martín escuchó por allí y por allá un poco de inglés, alemán, francés o ruso. También escuchó algunas frases sueltas en castellano, e incluso en mallorquín.

Después de recorrer varios pasillos, Martín y sus padres llegaron a una zona del aeropuerto en la que aparecían varios carteles que indicaban la salida. Fue justo ahí, cuando empezaron a aparecer esos carteles, cuando sus padres sugirieron ir al baño antes de salir de allí. Por lo visto, el trayecto desde el aeropuerto hasta

el hotel era mínimo de una hora, así que Martín acogió de buen grado la iniciativa de sus progenitores.

Al salir del aseo, Martín se sorprendió de ser el último de los tres que había salido de ahí. Incluso su madre ya estaba esperándolo. Sin dar excesiva importancia a esa nimiedad, Martín reanudó el paso al igual que sus padres, para que, poco después, los tres ya se vieran en el puesto de vehículos de alquiler.

Tras colocar las maletas en ese Fiat 500 que tendrían durante algo más de dos semanas, Martín y sus padres se instalaron en el coche y salieron del aeropuerto, rumbo a Sa Coma. Allí estaba el hotel en el que los tres se instalarían.

Apenas llevaban un par de minutos de charla trivial en el coche cuando Bea dio un giro sustancial a la conversación, algo que, en un primer término, Martín no acabó de entender.

—Qué pena no haber cogido un coche más grande... Pero, en fin, con estos precios...

—Mamá, ¿qué más da? Lo importante es que el coche nos lleve donde nos tiene que llevar, lo otro es secundario.

Tras una pausa en la que Bea y Alberto se miraron de reojo mientras Martín ojeaba todo lo que veía a su alrededor desde el asiento de atrás, la conductora del vehículo reanudó la conversación.

—Ya, si tienes razón, Martín, pero no sé..., por una vez, para disfrutar de algo distinto, ¿no? —Bea se giró hacia su hijo, y luego volvió la mirada a la carretera—. No sé, no me digas que no hubiera estado bien un descapotable. Un descapotable a buen precio, en estas fechas, en Mallorca...

Martín seguía sin entender las palabras de su madre. Escuchaba lo que decía, veía su rostro seguro, convencido de todo aquello que decía, y cuanto más contemplaba a su madre, menos la entendía. De este modo, Martín decidió echar un vistazo a su padre, y por un instante, la seguridad y el aplomo que había visto en su madre eran sustituidos en su padre por una cara extraña, mezcla de una risa mal contenida y una cierta especie de culpa.

—Papá, ¿qué estáis tramando?

En vez de contestarle, su padre, con la misma sonrisa traviesa de antes, contestó a su pregunta sacando un paquete de cigarrillos de su bolsillo. Martín no daba crédito a lo que veía. Porque aquel día estaba de humor, si no, ya habría arrancado ese paquete de las garras de su padre.

—¿En serio? ¿Qué estáis haciendo? Mamá, no te perdonaré que, después de todo lo que pasaste, ahora vuelvas a hacer el tonto con esa mierda.

El repentino y contundente tono de Martín alertó a ambos. Alberto y Bea se miraron un instante, conscientes de que parte del misterio tenía que ser desvelado para así no preocupar más a su hijo.

—Martín, supongo que te acordarás del creador de *Filmin*, ¿no?

—Claro, ¿por qué?

—Porque tu madre y él, cuando tú ya estabas dormido en el avión, se han puesto a hablar como loros.

—¿Qué dices, mamá hablando como un loro? No, no creo...

—No, ni yo tampoco, hijo —añadió Alberto, con el mismo tono sarcástico de Martín, mientras miraba sonriente a su mujer, que también sonreía—. El caso es que se han puesto hablar de las películas del último año, hasta que han llegado a *Drive my car*. Bueno, ahí han estado hablando un buen rato de ella, hasta que, no sé cómo, al amiguito de tu madre se le ha ocurrido que nosotros, los tres que estamos aquí, podríamos recrear una escena de la película.

A medida que su padre hablaba y hablaba, Martín se había ido tranquilizando. Gran prueba de ello era su posición en el asiento trasero del coche. Había pasado de estar sentado en el centro, al filo del asiento, a tumbarse por completo.

—¿Pero qué escena queréis recrear? —preguntó Martín, con un tono de voz que delataba una mezcla de nerviosismo y alegría.

Al escuchar la pregunta de su hijo, Alberto le acercó el paquete de cigarrillos a su cara. Mientras tanto, Bea, sin despegar la vista de la carretera, escuchaba con atención las palabras de sus acompañantes con una sonrisa fresca y natural.

—Ah, ya veo por dónde queréis ir... Pero claro, aquí no tenemos... —Martín señaló el techo del Fiat, y entonces se dio cuenta de su ignorancia—. Qué estúpido que soy a veces, si me estabais dando pistas desde el principio.

Alberto y Bea rompieron a carcajadas mientras Martín, que sentía cómo un suave rubor le iba subiendo por el rostro, apoyó su cuerpo en el respaldo del asiento, como si al dejar caer su cuerpo, su mente también transmitiera un mensaje de derrota. «Tío, tus padres te la han colado, asúmelo con deportividad», pensaba Martín hacia sus adentros.

—Entonces... ¿Entonces comprasteis los cigarrillos cuando fuimos al baño?

—Compró, hijo, no comprasteis. Fue tu madre la que fue a la tienda de al lado, y pilló los más baratos que vio.

En ese instante, fue Martín el que soltó una carcajada mientras veía a sus padres sonreír como si fueran niños de ocho años.

—De verdad, soy idiota, parece que no os conozco... A ver, ¿y cómo lo grabamos?, ¿lo grabamos ahora?

—Sí, claro, ahora. Tú nos grabas con el móvil desde atrás, y nosotros dos actuamos como los protagonistas de la peli. Alberto, saca los cigarros.

Alberto se quedó con un cigarrillo y dio otro a su mujer, al mismo tiempo que Martín alargó el brazo y se hizo también con uno. Martín miró el cigarro de cerca, y luego dirigió una mirada a sus padres, que mantenían la misma sonrisa infantil de antes.

—A ver, si esto es *Drive my car*, no pongáis esas caras tan alegres. Pensad en la película...

Alberto miró a Bea de reojo. Bea captó su mirada al instante, y tras un instante de risas entre ellos, optaron por hacer caso a las últimas palabras de su hijo.

—Mamá, tú eres huérfana. Papá, a ti se te ha muerto tu hija de dos años, y tu pareja, la madre de tu hija, te ha engañado poco antes de cerrar sesión. Vamos, os tenéis que concienciar que no estáis de vacaciones. Estáis amargados, deprimidos, vuestra vida es una puta mierda...

—¿Alguna cosa más, señor director?

Las palabras de su madre despertaron las risas en su padre y en él, que se ruborizó de nuevo. Tras pensar un poco, Martín respondió.

—No, nada más... ¡Ah, sí! Tened en cuenta que sois japoneses, así que controlad vuestras emociones.

Ya estaba todo dicho, los rostros de los tres viajantes así lo demostraban. Martín había sacado su móvil, Alberto se había asegurado de abrir por completo las ventanillas delanteras del coche y Bea había cerrado la visera de su asiento. Antes de empezar a grabar, Martín preguntó a sus padres qué iban a decir. Ellos le aseguraron que improvisarían. A Martín le pareció una buena idea, de modo que le dio al *play*.

Martín comenzó grabando por su derecha. Su padre, quizá más acostumbrado a mostrar una cara seria en su día a día, daba el pego con el papel desde el inicio. Tenía la mirada perdida, y su brazo derecho asomado por la ventanilla mientras su mano sostenía un cigarrillo, un cigarrillo que en realidad estaba apagado.

Las risas de su madre se escuchaban a cada instante, y eso que aún no la había grabado a ella. Para no pillarla en plena carcajada, Martín giró el móvil por completo a la izquierda, grabando solo así el brazo izquierdo de su madre, que también asomaba por la ventanilla, con el cigarrillo apagado en la mano.

Poco a poco, Martín fue girando el móvil hacia la derecha, mientras su madre se llevaba el cigarrillo a la boca. Sus gestos a la hora de saborear aquel humo inexistente no eran más que una gran demostración de su antigua condición de fumadora empedernida.

En un movimiento que Martín no llegó a calcular del todo, sus padres se giraron hacia él al unísono, como si fuera algo planeado. Acto seguido, Bea centró de nuevo su mirada en la carretera, mientras Alberto, que intercambiaba su mirada intensa y sufridora entre la propia Bea y la carretera, empezó a divagar.

—La vida es una mierda..., Shizuka. —Las risas de Martín y su madre fueron inevitables, pero el monólogo continuó—: Shizuka,

o como te llames. Ni siquiera sé cómo te llamas, apenas hablamos tú y yo. Bueno, al fin y al cabo, estamos en una película sobre el duelo y la incomunicación, así que es normal que no hablemos mucho... Lo que te decía, la vida es una mierda, y yo quiero salir de esta puta realidad asquerosa...

Alberto pegó una larga calada al cigarro. A continuación, lo aplastó sin necesidad en la alfombrilla. Después de unos segundos con ambos mirando en silencio hacia la carretera, el padre se giró hacia su hijo, y rompiendo la cuarta pared, descolocó por enésima vez a Martín.

—Sí, señor Hamaguchi, estoy cansado de rodar con usted. Me está contagiando su tristeza a mi vida real, y eso no me gusta. Además...

Alberto no acabó la frase, ya que justo después, se giró otra vez hacia adelante para coger el cigarrillo que había aplastado antes. Una vez que lo tuvo entre sus manos, se volvió hacia Martín, que lo grababa todo con una sonrisa permanente en sus labios.

—...Además, ¿qué es esta tontería de los cigarrillos en el coche?

—Yo se lo explicaré..., Yoshi.

De nuevo afloraron las risas ante otro nombre inventado.

—A este hombre —dijo Bea, sin despegar en ningún momento la vista de la carretera— le gusta mucho un tal Jean-Luc Godard. De ahí, su obsesión por el tabaco.

—Vaya, vaya, qué tontería —dijo Alberto, que seguía mirando a su hijo, cada vez más exaltado—. ¿Pues sabe lo que lo que digo, señor Hamaguchi? Que se vaya a la mierda usted y sus historias tristes. Estoy de vacaciones, estoy en Mallorca, así que, como diría el gran Fernando Fernán Gómez..., ¡VÁYASE USTED A LA MIERDA!

Las risas tras aquel cierre tan inesperado como divertido duraron un rato. Eso sí, una vez repuestos todos, y con Manacor cada vez más cerca, Martín se decidió a mandar el vídeo a *La brigada familiar*. Poco después, Paula mandó media docena de emojis, en los que mezclaba caras en plena carcajada con corazones gigantes.

Los escasos veinte minutos que les restaban para llegar el hotel los recorrieron acompañados de música. En concreto, de una lista de Spotify creada por los Marqués Callejero de canciones vinculadas al séptimo arte. Y así, mientras escuchaba a Sixto Rodríguez y su *Inner City Blues*, Martín se fue relajando, hechizado por el sonido de aquel bajo, hasta que, sin apenas darse cuenta, ya se vio en el hotel. Por fin. Ya estaba en Sa Coma, y la playa ya era una realidad palpable, visible. Las vacaciones habían comenzado.

Tenía ganas de estar sola. La conversación que había tenido con sus amigas la había dejado tocada. Necesitaba reflexionar sobre ello, e intentar analizar el porqué de aquella desazón que sentía. Martina se levantó del sofá y se dirigió al balcón, inquieta y a la vez esperanzada, como si intuyera que abandonar el salón era una garantía para sentirse mejor.

Una vez acomodada en la misma hamaca plegable de antes, Martina intentaba rememorar la conversación que había tenido con Neus e Irene. Por mucho que lo intentaba, a su cerebro solo acudían pequeños retazos de lo sucedido. De hecho, lo único que Martina recordaba con claridad era aquella frase, *sí* frase. La frase que marcó el curso de aquella conversación interminable. «La amistad de nuestra clase es sempiterna».

Cansada del cinismo de Irene y de la escasez de argumentos de Neus, Martina había soltado aquella frase para ganar algo de fuerza en un debate que estaba perdiendo. Un debate que había comenzado como una conversación, y que una vez que Martina y sus amigas se metieron en el agua, se había transformado en una apurada contienda para dilucidar si la amistad que ellas tenían con sus compañeros del colegio era eterna o no.

A lo largo de aquel debate, Irene había tirado de algo que a Martina le resultaba muy familiar: el pesimismo. Aunque Martina no quisiera reconocerlo, ella sabía que muchas de las cosas que

había dicho Irene tenían un poso de verdad. De hecho, en otro día y en otro momento, Martina le hubiera dado la razón en casi todo, como bien hizo Neus en gran parte de sus aportaciones. No obstante, sin saber muy bien por qué, Martina se había levantado aquel día con un aire optimista que no le pegaba nada, de ahí su férrea defensa de la sempiterna amistad de la *Generación del 2006*.

Martina sonrió un instante al recordar las caras de sus amigas al pronunciar aquella frase, para luego recordar con más claridad lo que vino después. En apenas unos segundos, Martina rememoró sus pobres, ingenuos y hasta cursis argumentos, hasta que Irene dio la réplica triunfal: «Espérate a los dieciocho. Cuando lleguemos a los dieciocho, hasta luego, Mari Carmen».

El silencio tras aquella frase fue brutal; una bofetada de realidad que hizo que Martina y Neus se mirasen con un punto de temor, para que luego esta última pronunciase otra frase igual de impactante: «No quiero tener dieciocho... Bueno, sí, quiero y no quiero».

El hecho de recordar con tal grado de exactitud los últimos momentos de aquel debate con sus amigas hizo que Martina se sintiese incluso peor que cuando abandonó el salón. De algún modo, ella sabía que necesitaba hacer algo para borrar aquella conversación de su mente. Regodearse en aquel diálogo inacabable que había tenido con Irene y Neus solo servía para que sus pensamientos más desesperanzadores se apoderaran de ella. Le pasó en el agua, tras finalizar aquella conversación, y le estaba pasando ahora.

En la playa, Martina intentó difuminar esa angustia con algo tan simple, y a la vez tan hermoso y relajante, como que ella y sus amigas se hicieran las muertas en el agua. De esta manera, contemplando el cielo y escuchando tan solo su propia respiración, Martina había conseguido alejarse de aquel ambiente enrarecido y tan poco estival como es una tensa conversación sobre el futuro de una amistad de años.

A diferencia de lo que había sucedido en la playa, Martina sabía que su pesimismo necesitaba de un mínimo de acción para que se disipara. De este modo, tras caminar un par de minutos por el

balcón, Martina se decidió, y se fue directa a su habitación. Tras cambiarse y coger lo imprescindible, Martina salió de casa en dirección a la playa. Eso sí, en esta ocasión no pensaba ir a S' Illot.

Ella sabía que si iba a la playa de S' Illot, Irene y Neus podían dar con ella, de modo que tiró calle abajo, cruzó el puente del Riuet y se dirigió rumbo a Sa Coma. Martina era consciente de que en aquella playa habría más gente y, por tanto, más ruido, pero no le importó. Al fin y al cabo, la playa de Sa Coma era lo suficientemente grande como para encontrar un rincón tranquilo.

Apenas había comenzado su paseo cuando Martina se dio cuenta de que no llevaba ningún libro a cuestas. Se había dejado a Balzac en la mesita del salón. Tras detenerse para averiguar si merecía la pena volver o no a casa, Martina reanudó el paso con decisión. «Qué más da, ahora no estoy para leer. Necesito desconectar. Voy a estar tres horas sin hacer nada».

Después de caminar un poco por la orilla, Martina dio con un rincón ideal, que se encontraba entre las sombrillas y la orilla, y que a su alrededor contaba con un gran número de turistas extranjeros. Turistas que, de forma mayoritaria, habían rebasado la frontera de los sesenta años. Sin pensarlo ni un momento más, Martina aceleró el paso y extendió su toalla cuanto antes en aquel ecosistema tan apacible.

Se acababa de tumbar cuando Martina se dio cuenta de la suerte que había tenido al encontrar aquel emplazamiento. Parecía mentira, pero cuando ella empezó a ver la playa desde lejos, y vio lo abarrotada que estaba, jamás hubiera pensado que encontraría un lugar tan sereno como el que disfrutaba en ese instante. Un lugar en el que sustantivos tan reconocibles como silencio, paz o sosiego no eran conceptos vacíos, sino realidades cotidianas. De este modo, poco a poco, Martina fue ahuyentando los fantasmas de la conversación que tuvo con sus amigas para dar paso a un estado de ánimo más estable y calmado.

Y así, mientras Martina se iba acomodando a aquella suerte de estado zen, Martín salía del hotel con una actitud similar. Tranqui-

lo, relajado, y con ese grado de excitación extra que supone dar inicio a unas vacaciones. Alberto y Bea, que lo acompañaban, estaban igual, más relajados que nunca. Después de caminar algo más por el paseo que había al lado de la playa, Martín y sus padres se internaron por el ecuador de la playa. Allí dejaron sus pertenencias, para poco después probar sus cuerpos en la exagerada calidez del mar Mediterráneo. Tanto Martín como sus progenitores se mostraron algo sorprendidos por la temperatura del agua, lo que los empujó a reflexionar en voz alta sobre el calor extremo que venían padeciendo en Madrid desde hacía semanas, una reflexión que sin duda ayudó a relativizar el estado del mar.

Tras media hora de baño, los padres de Martín abandonaron el agua. Mientras tanto, su hijo aguantó un poco más, sin acostumbrarse del todo a un placer semejante. Asimismo, algo parecido pensaba Martina en esos momentos sobre el simple acto de dormir. Ella, que no acostumbraba a dormirse con facilidad, ya se había dormido un par de veces en su rincón, ajena (al igual que Martín) a la presencia que tenía a tan solo unos metros.

De hecho, pasaron un par de horas, y Martín y Martina seguían sin verse. Bueno, quizás sí se habían visto, pero en ningún caso se habían mirado. El caso es que ya eran cerca de las siete, y Alberto y Bea ya pensaban en abandonar la playa, lo que empujó a Martín a darse el último baño de la tarde. Después de regocijarse un cuarto de hora largo en una playa cada vez más desprovista de gente, Martín salió del agua.

Fue en ese momento, al salir del agua y echarse la toalla a sus espaldas, cuando un leve ataque de asma acudió a él. Alberto y Bea, tan serviciales y atentos como de costumbre, actuaron enseguida, mientras que Martina, alarmada por aquella tos tan insistente como sonora, se giró hacia atrás, en busca de aquella persona que empezaba a minar aquella paz interior que tan bien le había sentido.

Al detectar al pobre alborotador de la tos, su corazón se detuvo un instante. Su cuerpo entró en un estado de malestar general, re-

marcado por una serie de pinchazos en el estómago. De repente, Martina se dio cuenta de que había empezado a observar a aquella familia, y sobre todo a aquel chico de una forma enfermiza, casi obsesiva. Martín, que a base de Ventolin iba recuperando su respiración habitual, se sintió observado. Miró a izquierda y a derecha y no vio nada sospechoso, lo que lo empujó a mirar más allá.

Puso la vista al frente, y vio una figura que le llamó la atención. Estaba sola, y en una posición extraña, algo incómoda. No estaba tumbada del todo, pero tampoco estaba sentada. Miraba al mar, y tenía el pelo recogido en un moño considerable, que a Martín le recordó enseguida al de Kim Novak en *Vértigo*.

Viendo que no se giraba, Martín iba a apartar la vista de ella cuando Martina volvió a girarse hacia atrás, en un movimiento impulsado por una curiosidad sazonada de nerviosismo. En ese instante, al contemplar aquel rostro por primera vez, Martín sintió que algo diferente había pasado en su vida. Nunca, jamás, se había sentido tan fuera de lugar al ver una chica como en ese preciso instante. Lo peor (o lo mejor) de todo aquello es que aquella chica le aguantaba la mirada. No solo eso, sino que justo antes de volver la vista hacia adelante, la chica del moño, la Kim Novak morena y quinceañera, le acabó regalando una sonrisa que terminó por destrozar cualquier idea que tenía Martín acerca del amor, la vida o la muerte.

—Martín, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Martín, que llevaba un tiempo con la vista fija hacia adelante, en un estado casi introspectivo que no cuadraba nada con su forma de ser, se giró al escuchar la voz de su madre.

—Sí, mamá, sí... Estaba pensando en la tos. No sé por qué me ha pasado, estaba bien.

—No le des tanta importancia, hijo. Aquí hay más humedad. Además, ya sabes lo que te dijo el médico...

—Sí, ya lo sé, que había mejorado mucho, pero que no estaba curado... —dijo Martín, sin apartar la vista del todo de la orilla—. ¿Qué hora es?

—Ahora son las siete en punto. Si te apetece, nos vamos.

—Sí... —Martín ojeaba intermitente la orilla, aún esperanzado de que aquella chica lo mirara de nuevo—, creo que sí. Vámonos.

Martín sintió que aquel «vámonos» no había sonado muy convincente. En parte, no entendía por qué había dicho eso. Tenía una relación tan buena, tan cordial con sus padres que a veces parecía que no estaba permitido un mínimo de discordia. Él quería saber quién era aquella chica, cómo se llamaba, por qué se había girado, por qué le había sonreído... Quería saber eso y mucho más, pero, al mismo tiempo, también se daba cuenta de que tenía miedo. Sí, por primera vez en su vida tenía miedo de hablar con alguien. Nunca le había pasado una cosa semejante, ni siquiera con una chica.

Martín pensaba en todo esto y en muchas más cosas, mientras Alberto y Bea intercambiaban miradas nerviosas, inquietos por el silencio de su hijo. Al abandonar la playa, y después de que Martín lanzara varias miradas furtivas hacia al horizonte, sus progenitores se miraron de la misma forma que se miran las personas que se conocen demasiado. La misma mirada que no requiere de palabras para comunicarse.

Bea estaba a punto de romper aquel silencio tan incómodo cuando el propio Martín se adelantó.

—¿Hoy dónde cenaremos, en el hotel o en algún restaurante?

Martín, que iba en el centro de la expedición, por detrás de sus padres, formuló la pregunta en plural, como si no estuviera seguro de quién podría tener la respuesta. Alberto y Bea se miraron aún más descolocados que antes, quizás sorprendidos por la pregunta de su hijo tras su inesperado silencio de dos minutos.

—Pues no lo sé, ya veremos...

—Antes he mirado los restaurantes de la zona, y he visto un par de italianos con buenas críticas.

—¿Con buenas críticas? ¿Como las que hace tu madre?

—Sí, tan buenas como las de mamá.

Martín se rio al contestar a su padre, lo que sirvió para tranquilizar a Bea y Alberto, que veían cómo su hijo volvía a ser el de

siempre. Después de atravesar un par de calles, Martín y sus padres empezaron a ver el hotel desde lejos. Una distancia que fue demasiado larga para Martín, y más cuando, al pasar por un pub repleto de turistas ingleses, una canción de los Beatles trastocó aún más su comportamiento.

Martín conocía aquella canción. Él tenía la suerte, la maldita suerte de tener unos padres que le ponían los Beatles cuando él ni siquiera tenía pelos en los huevos.

I'm in love for the first time, Don't you know it's gonna last, It's a love that lasts forever, It's a love that had no past...

Pasar por aquel lugar, justo en aquel momento, y que sonase aquella canción, como si todo aquello fuera una peli y él fuera el Ryan Gosling de turno, fue demasiado para Martín. De un momento a otro, empezó a reír. Empezó a reír con una risa incómoda, descoordinada, una risa que era cualquier cosa menos una risa sana, saludable. Martín se sentía tan abrumado que ni siquiera reparó en los rostros de Bea y Alberto.

Sus padres recuperaron el mismo rostro preocupado con el que abandonaron la playa, y sin esperar tanto como antes, preguntaron a Martín lo mismo que le habrían preguntado antes, si su hijo no se hubiera anticipado.

—Martín, ¿qué te pasa?

Aquella carcajada nerviosa había dejado una secuela en forma de sonrisa en el rostro de Martín, que respondió a su padre con un leve gesto con la mano, mientras señalaba su móvil:

—Nada, Xabi y sus chorraditas. Mejor no os lo cuento, porque no lo vais a entender.

Y así, con una naturalidad tan pasmosa que hasta el propio Martín se sorprendió, Martín zanjó aquella risa apresurada con el comodín de su amigo Xabi. El mismo que, poco después, al igual que Carlos, se enteraría del verdadero motivo de la carcajada de Martín.